

# Benedicto XVI y la Europa cristiana

Anselmo Álvarez\*

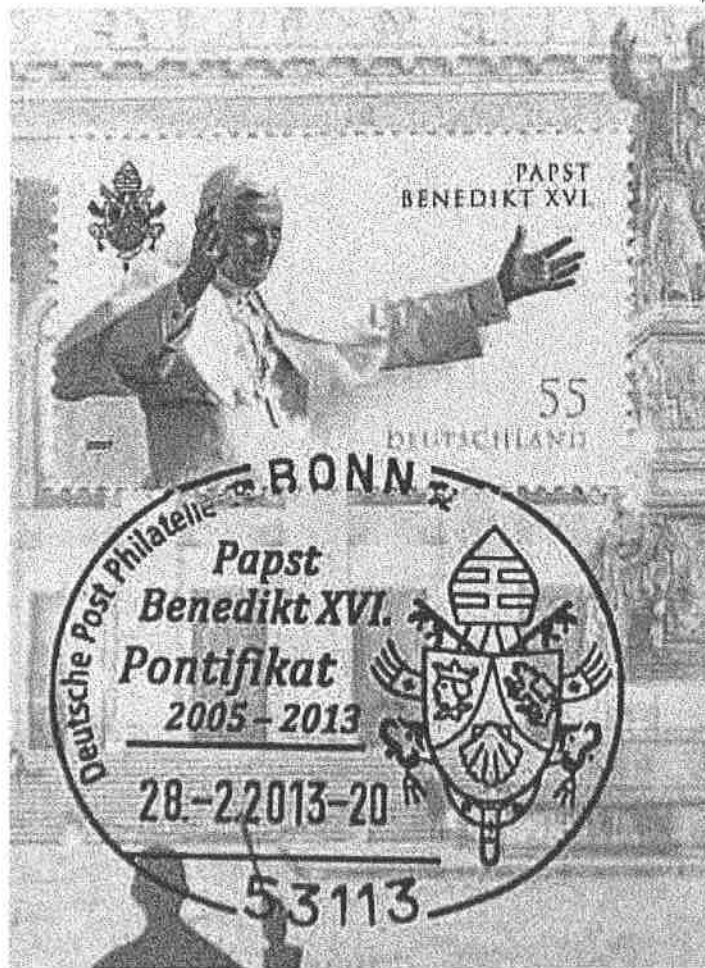


Europa fue una de las ocupaciones y preocupaciones más presentes a lo largo de su pontificado, cuando, a su visión intelectual sobre ella, hubo de añadir su responsabilidad como guía espiritual de la cristiandad. Ante Europa se encontraba frente a la porción históricamente más importante del mundo cristiano, pero que se debatía en una crisis prolongada e intensa. La dificultad añadida consistía en que los europeos han venido considerando que la revolución ideológica operada por ellos era el camino ineluctable hacia mejor (Kant), hacia alturas que debían dejar en el valle un bagaje definitivamente inservible, aunque se tratara de la herencia cristiana.

Pero esta perspectiva parecía demasiado elemental, no sólo a la mente del Pontífice, sino a una seria consideración crítica de la realidad. La confianza ingenua en un porvenir nuevo, desenraizado del pasado y apoyado sustancialmente sobre la ciencia y la racionalidad, no sólo volatilizaba la tradición europea, sino algunos considerandos inexcusables, propios de todos los hombres y épocas, como son la trascendencia, la espiritualidad, la moral natural o la verdad. Esta verdad sin la cual el hombre no puede subsistir y de cuya fuerza interior necesitamos para asentarnos con seguridad ante cualquier realidad (cf Homílla en el santuario de Mariazell, 8.9.2007).

Se trata de una perspectiva que forma parte de la herencia cristiana y, en buena medida, de toda la humanidad, porque «está en la base del ser humano». Por eso, la fidelidad de los gobernantes a sus pueblos «requiere la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de la libertad y del desarrollo humano integral» (Caritas in veritate 9). Defensa de la verdad sobre la que el Santo Padre fundamentó su impugnación permanente del relativismo en todos los campos, también el que se estaba imponiendo en la edificación ideológica y política de Europa.

De ahí el lamento y la llamada de atención del Papa ante una «civilización occidental que ha traicionado en parte su inspiración evangélica» (A los universitarios europeos, marzo 2008), y que excluye al cristianismo de su construcción. Esta constatación le dio frecuentes ocasiones para recordar cuáles son las bases de la identidad europea, de la que el cristianismo es constituyente fundamental, «el componente dinámico de nuestra civilización» (A las autoridades y cuerpo diplomático de Austria, 7.9.07.), así como el carácter insustituible del mismo a la hora de consolidar los cimientos de nuevo orden europeo y de



continuar siendo para el resto del mundo el referente cultural más relevante.

En esta línea, Benedicto XVI ha recordado con insistencia la necesidad de evitar la crisis de la conciencia europea, y de que Europa se mantenga fiel a sí misma, a la vez por lealtad a sus raíces más profundas y con el fin de consolidar una civilización que debe hacer frente a tantos retos. Por ello, tanto ante representaciones religiosas, como políticas y culturales, ha reiterado la urgencia de que los europeos reasumamos un pasado espiritual que es el que ha dado su forma y poderío a las características sustanciales de nuestra historia, caracterizada toda ella por unos mismos valores fundamentales de eminente signo cristiano. Son ellos los que han caracterizado las dimensiones personales y colectivas de los diversos pueblos del continente, así como cada uno de los niveles en que se han manifestado: religión, cultura, humanismo, pensamiento, arte, concepciones sociales.

La antropología cristiana, a la que pertenecen de manera eminente los conceptos

Recordó con insistencia la necesidad de evitar la crisis de conciencia y de que Europa se mantenga fiel a sí misma

El compromiso del ser humano y de la cultura europea ha sido la búsqueda de Dios y la disponibilidad para escucharle

de dignidad de la persona y de libertad, entre otros, «ha sido el principio orgánico original que ha revelado al hombre su eminente dignidad», y ha tenido en la tradición europea su expresión más alta (cf Discurso ante el Jefe de la Delegación de las Comunidades Europeas ante la Santa Sede, 9.10.2009), incluso cuando esos valores adoptaron un ropaje laico. Valores que habían fructificado en la raíz de la fe

cristiana y que se fundieron para cimentar el humanismo del que Europa fue la cuna (cf Discurso en el Encuentro de Profesores Universitarios Europeos, 23.3.2007).

Benedicto XVI, que ha puesto tanta lucidez en el esfuerzo por armonizar fe y razón, ha venido insistiendo de manera porfiada en la eminente importancia de lo trascendente, tanto en la concepción y desarrollo de la persona, como en la visión de la historia, y particularmente de la europea, la presente y la futura. Una trascendencia que se expresa ante todo en las maneras espirituales de concebir y vivir la experiencia humana. En Europa esta realidad es la que se ha configurado bajo el signo cristiano, a partir de la difusión del Evangelio en la totalidad de sus países, y que ha dado forma no sólo a la religiosidad, sino al modo profundo de entender la existencia individual y social. La inteligencia, ideal y práctica de la vida, se modeló sobre la doctrina que emana del Evangelio, y plasmó todas las manifestaciones de la civilización que sucedió a la de Roma. El Evangelio fue la sabiduría de Europa, y muchas de sus expresiones han perdurado hasta nuestro tiempo.

Pero hemos dejado marchitar esa savia y con ella el alma de Europa, como tantas voces han denunciado, y como los últimos Papas han venido deplorando. La atención de Benedicto XVI a este escenario ha sido constante. Ha recordado sin descanso que pasado y ha evidenciado la situación actual de rechazo del mismo, expresado en las formas agresivas del secularismo, en la marginación de la religión, en el entorno altamente secularizado y en el ateísmo extremista. Fue uno de los argumentos más vigorosos transmitidos, entre otras ocasiones, con motivo de su viajes a Inglaterra y a Berlín, en los que al mismo tiempo señaló la sed profunda del mensaje cristiano que yace en el fondo de los corazones.

El Papa ha recurrido con mucha frecuencia a San Benito para recordarnos a todos cómo en el origen de Europa se encuentra aquella consigna de su Regla en la que se cifra el destino del hombre, y que aportó el programa esencial de la obra desarrollada por los monjes y por los pueblos de occidente. Con ocasión de su visita a Monte Casino (mayo 2009) lo expresó así: «la enseñanza constante de S. Benito es el "buscar a Dios", como compromiso fundamental del ser humano, el cual no se realiza plenamente, ni puede ser feliz sino en Dios. La cultura europea ha sido la búsqueda de Dios y la disponibilidad para escucharle». Sus últimas palabras de despedida mencionaron expresamente el Opus Dei benedictino como tarea especial a la que él se entregaría desde ahora. La misma que espera a Europa para encontrarse con Dios y con ella misma.

\*Abad del Valle de los Caídos